

# LA RUBIA DEL DESCAPOTABLE ROJO

Han pasado los años pero aún recuerdo aquella mañana de domingo con asombrosa nitidez.

Cuando la vi subiendo a aquel magnífico coche y sentarse al volante supe, de inmediato, que me había enamorado. Recuerdo como si fuera ahora su sonrisa traviesa, su delicado perfil y una cascada de cabello rubio cayendo sobre sus hombros en maravilloso desorden.

Pisé con fuerza el acelerador en un intento tan desesperado como infructuoso de darle alcance y colocarme a su lado. Misión imposible la de acortar distancias. Mi utilitario color verde botella y magullada carrocería nada tenía que hacer frente a su brillante y a todas luces nuevo descapotable rojo.

Pero yo nunca he sido un tipo de esos que tiran la toalla al primer contratiempo que se presenta, así que intenté por todos los medios llamar su atención haciendo sonar mi claxon de forma insistente. Sin embargo, su sonido quedó de inmediato engullido por la irritante sirena de una ambulancia que varios metros más atrás intentaba abrirse paso entre el tráfico sin demasiado éxito.

Y para colmo de males, aquel motorista inoportuno parecía haber captado la atención que a mí se me negaba y sin despegarse de ella y tras un intercambio de sonrisas parecía dispuesto a escoltarla hasta su destino.

Y así es como a la tierna edad de siete años sufrí mi primer desengaño amoroso. Maldije mi suerte y tan solo me quedó desear que acabase cuanto antes aquel viaje en tío-vivo.